PANAMA LA NUEVA

POR ERNESTO J. CASTILLERO

El moderno edificio de la Caja de Ahorros, situado en la Avenida Central de la ciudad de Panamá. La línea nueva se va imponiendo en la ciudad, reconstruída en el año de 1673, después de la devastación.

El hotel El Panamá, inaugurado en 1951, está considerado como uno de los mejores de toda América. Junto a él se encuentran instalados la piscina y el Club Cabaña, excelente lugar de recreo panameño.

REALIZADA la conquista del Darién en la tierra firme del Nuevo Mundo, que, en los comienzos del siglo XVI, constituyó el centro de actividades colonizadoras del istmo panameño, los conquistadores españoles descubrieron el mar del Sur y vieron abrirse hacia las regiones australes de América nuevos y amplios horizontes adonde dirigir, desde el istmo de Panamá, su acción dominadora.

«Extinguida la efímera vida que tuvieron Santa María de la Antigua, en el Darién, y la villa de Acla, en Castilla del Oro—dice Enrique Marco Dorta, catedrático de la Universidad de Sevilla—, fué Panamá el primer asiento definitivo de la colonización española en el continente americano. La privilegiada situación del istmo la convirtió en uno de los puntos vitales del Imperio español, ya que, por su condición geográfica de barrera entre el Caribe y el Pacífico, vino a ser nudo de comunicaciones entre la metrópoli y las dilatadas costas del virreinato peruano.»

El primero en intuir esta situación fué Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla del Oro. Hombre de acción, determinó, en 1519, convertir en realidad el pensamiento de los conquistadores, fundando en la costa del Pacífico una ciudad-puerto, que fuese el vértice de las futuras expediciones por aguas de este océano.

En efecto, en el mencionado año se trasladó, al frente de una expedición, desde Santa María la Antigua, del Darién, sede oficial de su gobierno, al golfo de Panamá, y llegado a la isla de Taboga, sabedor por Bartolomé Hurtado de la existencia de un sitio adecuado, con puerto amplio y seguro, junto a un villorrio de pescadores llamado «Panamá», optó por fundar allí mismo la ciudad que proyectaba erigir en la costa sur del istmo.

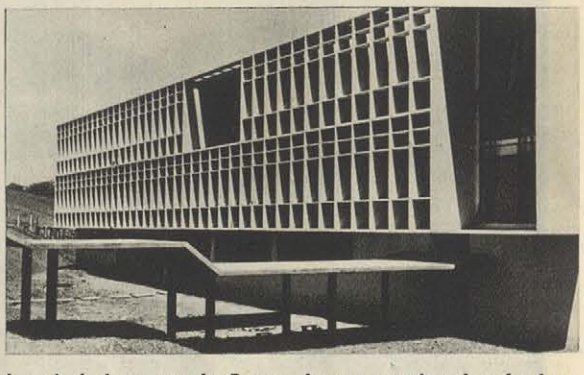
Así nació—el 15 de agosto de 1519, fecha de su fundación—la ciudad de «Panamá», futura metrópoli del reino de Tierra Firme—nueva y más duradera denominación de la Gobernación de Castilla del Oro—y punto de partida para las expediciones de descubrimiento y conquista de los países situados en el centro y sur del continente.

Escogido el sitio, el gobernador Pedrarias procedió a exhibir todo el ceremonial habitual en tales casos, de acuerdo con el reglamento de las Ordenanzas Reales para semejantes circunstancias: colocación en la plaza Mayor del rollo o picota; lectura de la Real Cédula que autorizaba la fundación; designación del nombre de la ciudad, que fué el mismo dado por los naturales al villorrio: «Panamá»; bendición del sitio; determinación de las calles, plazas y solares para las oficinas, conventos e iglesias, y designación del primer Cabildo para el gobierno municipal.

Si, por un lado, la estructuración urbana de Panamá—según el único plano existente levantado en 1609, del ingeniero Cristóbal de Roda—fué concebida conforme a las prescripciones de orientación y reparto urbanístico, con vecindad a extensas llanuras para la formación de haciendas y hortalizas, etcétera, recomendadas por el Consejo de Indias, su fundador desatendió en la ubicación las condiciones de salubridad y climatología, que prescribían las Ordenanzas Reales.

La zona de Panamá la Vieja, en efecto, no pudo ser peor seleccionada desde este punto de vista: inmediata a un puerto de poquísimo fondo, rodeada de un terreno anegadizo y pestilente, la rodeaba un ambiente saturado de humedad, lleno de insectos dañinos y enfermizo.

La función que le señaló desde el principio la geografía a la ciudad de Panamá fué de mercado y de punto de partida de las expediciones marítimas hacia todos los lados. Por una vía hízose la conquista de Nicaragua y sojuzgamiento de la América Central por Francisco Hernández de *(Pasa a la pág. 60.)*



La ciudad nueva de Panamá, que sustituyó a la fundada por Pedrarias Dávila en el año de 1519, va siendo ya una especie de «summa antologica» del mejor estilo arquitectónico en la especialidad funcional.

cho es en las conciencias de los personajes expuestas a la dura reacción de un suceso trágico. Lo que pasó en la calle, pues, fué puramente el suceso. Un suceso vulgar, de gacetilla de periódico, como los que le gustaban a Dostoyevski.

Es preciso aclarar rápidamente que no tratamos de establecer comparaciones. El nombre de Dostoyevski nos salió espontáneamente, sin ninguna segunda in-

tención. Sin embargo, hay cierto parentesco entre los relatos del escritor ruso y esta novela de Elena Quiroga. Su autora parte de un motivo corriente y callejero, para adentrarse en las reacciones internas de los personajes y construir una obra de clara raigambre psicológica.

Un hombre ha muerto. Frente a su cadáver, las personas que formaron el contrapunto de su vida. En tal situación, la novelista no utiliza el conocido procedimiento de adjudicar un «espejo» a cada personaje en el que se fuera reflejando, de modo distinto, la personalidad del muerto. Elena Quiroga invierte los términos, y es el muerto el «espejo» por el cual van pasando los reflejos de los que velan sus últimas horas, antes del definitivo viaje fúnebre que habrá de realizar.

El relato tiene vigor, sutileza, expresividad y moderno ritmo de realización. Su autora sale con él de sus anteriores ambientes rurales, para darle el marco ciudadano del Madrid de hoy, mezclado de sabores populares y cosmopolitas.

A toda velocidad

Otra producción salida de pluma femenina, de la pluma vibrante y agilísima de Isabel Calvo de Aguilar, que conduce sus relatos a sugestiva velocidad narrativa, dotándolos de un apasionante interés, vencedor rotundo y absolu-

to de cualquier caída en la monotonía.

Es la imaginación la pieza fundamental del motor novelístico de esta escritora, que en *La danzarina inmóvil* nos ofrece una historia de intriga y amor, con derivaciones psicológicas y policíacas. Melchor Fernández Almagro ha comparado su estilo con el de Simenon. Es decir, que Isabel Calvo de Aguilar no cultiva una literatura detectivesca de tintas planas y superficiales, sino que sabe rodear la ficción novelesca de un ambiente adecuado, de unas incidencias humanas y de unos personajes con profundidad y consistencia.

***La danzarina inmóvil* es una obra notable dentro del género y de las que se leen de un tirón.**

PANAMA LA NUEVA

(Viene de la pág. 42.) Córdoba, Pedrarias, Dávila, etc., y por otra, Francisco Pizarro Alonso de Almagro el Viejo, junto con sus temerarios compañeros, descubrieron y conquistaron el vasto y riquísimo imperio del Perú, al sur del istmo.

La prosperidad de Panamá, pues, sentada sobre un hecho netamente geográfico, adquirió mayor importancia conforme se hacía necesario el uso de la ruta transístmica, mediante la intensificación del comercio de la metrópoli con sus colonias del Pacífico. Hacia 1585 comenzó a establecerse el servicio de las flotas con número de más de cuarenta navíos, cargados de géneros y objetos de la industria europea.

La riqueza—calculada por la Audiencia en este mismo tiempo—de los habitantes de Panamá era de más de dos millones y medio de pesos, considerando únicamente las fortunas en bienes raíces de $ 1.000 para arriba. Algunos ciudadanos tenían $ 50.000; otros, $ 200.000, y no faltaba quien poseyese hasta $ 250.000 y tal vez más. Los hatos no hicieron parte de este cómputo, ni tampoco el valor de los esclavos, cuyo número era de 3.700, casi todos empleados en el acarreo transístmico. Veintinueve habitantes eran mercaderes al por mayor; 21, al menudeo, y 35 figuraban como propietarios de recuas, cuyo número alcanzaba a 850 bestias de carga.

La ciudad fué decayendo con la amenaza constante—ya en ambos océanos desde 1572—de los piratas y corsarios ingleses, franceses y holandeses, capitaneados por Drake, Morgan, Oxenham, Parker, Coxon, Sharp, el Olonés, Sawkins, Dampier, Hoster, Vernon y otros, quienes infligieron enorme daño al comercio entre América y España por el istmo de Panamá.

Con el decaimiento del movimiento mercantil, la capital de Tierra Firme inició su despoblación. Los comerciantes fuéronse ausentando de ella en busca de mejores mercados y más propicio ambiente para vivir, sin los rigores del clima tropical panameño, cumpliéndose así la observación de un viajero que describió a Panamá como «una gran posada para comerciantes, un mercado para el tráfico y un almacén para mercaderías; su prosperidad, por tanto, ha dependido en todos los tiempos de la actividad comercialde inmigrantes y avecindados».

Con todo y ello, hacia 1671, cuando Morgan tomó la ciudad, según el decir de John Exquemeling, cirujano de la expedición pirata, «había, por lo menos, 2.000 casas de personas pudientes y unas 500 de gente pobre, gran número de establos para las recuas de mulas, en que se llevaba a los puertos del norte el tesoro en plata y oro, que llegaba allí procedente del sur; era sede episcopal con dos hermosas iglesias, ocho conventos, de los cuales siete eran de monjes, y el octavo, de religiosas, y un gran hospital» (1).

ASALTO DEL PIRATA MORGAN

Tal era el panorama de la vieja urbe, renombrada capital del reino de Tierra Firme, en el último tercio del siglo XVII, cuando el corsario inglés Enrique Morgan puso sus ojos en ella, considerándola un provechoso botín para su ambición de riqueza.

Su primer paso fué hacerse dueño de Portobelo, plaza fuerte del Atlántico, que defendía el camino terrestre hacia la metrópoli istmeña, lo cual efectuó con sobrado éxito en 1668, desmantelando sus castillos. Vencido este primer obstáculo, el segundo paso fué destruir el castillo de San Lorenzo de Chagres, importante fortaleza, sin cuya eliminación seríale imposible el uso del camino de agua por la corriente del Chagres, que conducía al Pacífico. San Lorenzo el Real se rindió a los hombres de Morgan en enero de 1671, tras un cruento combate, en que pereció prácticamente toda su guarnición, y los piratas sufrieron considerables bajas también.

Dueño Morgan de ambas rutas, inició al punto la marcha hacia Panamá por el río, invirtiendo en el difícil y largo viaje, sembrado de obstáculos, diez días.

El 28 de enero del trágico año de 1671 apareció, al frente de sus famélicos y resueltos hombres, ante la atemorizada ciudad. Su hueste se componía de más de un millar de piratas a pie, agotados por las diez largas y penosas jornadas desde Chagres a Panamá, y hambrientos, pero valerosos y llenos de ansia de vencer en la lucha a toda costa.

El presidente de la Audiencia y gobernador de Tierra Firme, don Juan Pérez de Guzmán, distribuyó los elementos bélicos de que disponía de la mejor manera que su estrategia le inspiró. Sus lugartenientes eran el gobernador de Veragua, don Juan Portuondo Borgueño; don Alfonso de Alcaudete, comandante de la plaza de Portobelo, y el sargento mayor de Panamá, don Juan Jiménez Salvatierra. Contaba con 1.400 infantes y 200 hombres de a caballo, más una piara de 1.500 toros bravos, guiados por 30 vaqueros mulatos, que se pensó que jugarían un papel defensivo eficiente y que, por desgracia, resultó del todo negativo.

Morgan contaba, a su vez, con oficiales veteranos en las luchas con los españoles, que le fueron de gran efectividad: el coronel Laurence Prince y el mayor John Morris, a quienes encomendó el mando de una columna de 300 piratas en la vanguardia; puso al coronel Bledry Morgan, su hermano, con otros 300 en la retaguardia, y él, con el coronel Edward Collyer, asumió el mando del resto de los atacantes. Contábanse entre los piratas 400 franceses, enviados por el gobernador de la isla Tortuga, Bertrand d'Ogeron, célebre bucanero galo; el resto eran ingleses.

Vino el choque. Enfangada la llanura por las lluvias de los días anteriores y el desbordamiento del río Matasnillo, la caballería castellana no estuvo en condiciones de desempeñar su papel de agresividad. El uso de los toros bravos, por otro lado, fué igualmente un fracaso, porque el astuto coronel Bledry Morgan ordenó a sus arcabuceros: «Tiren a los vaqueros», y las bestias, faltas de dirección y asustadas con el ruido de la arcabucería y los gritos de los piratas, echaron a correr en sentido contrario, atropellando en su huída a la infantería española.

Compuesta ésta en su mayoría de negros esclavos, no tuvo acierto sino para escapar también, abandonando el campo de combate. La caballería, a su turno, imposibilitada para maniobrar por las condiciones fangosas del suelo y castigada por la metralla de los ingleses, también huyó. Los esfuerzos del gobernador Pérez de Guzmán para restablecer el cuadro de batalla resultaron infructuosos. La derrota se hizo inminente, y en tanto que el mismo gobernador se vió envuelto en el desbande incontenible de sus soldados, poseídos de pánico, huyendo hacia pueblos distantes de la capital, don Alfonso de Alcaudete, herido de dos balazos, buscó la salvación en la plaza de Portobelo, entre cuyas murallas se refugió con los pocos que lograron seguirle.

Morgan quedó dueño de Panamá, donde reinaba el pánico y la desesperación entre mujeres y niños. Los españoles tuvieron ese trágico día 600 muertos

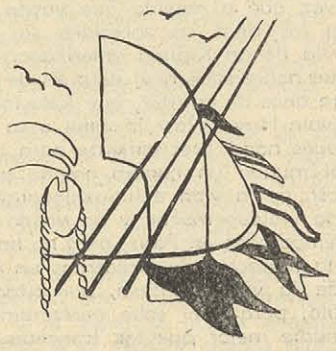
(1) John Exquemeling: «Piratas de América».

BUZON DE ULTRAMAR

Suceso a bordo

Navegaba el «Marqués de Comillas» engullendo singladuras azules de regreso a España. Resulta que había salido de Centroamérica en los días finales del año último y la Nochebuena llegó al trasatlántico cuando se balanceaba entre paralelos y meridianos, olas y nubes.

Hubo turrón, mazapán, villancicos y misa del gallo. Sonó la cam-



panilla, alzó el sacerdote el Cuerpo de Cristo y se oyeron en la capilla las notas del himno nacional español. Un viajero no pudo contenerse, al parecer, y gritó:

—¡Veinticinco años sin oír el himno nacional!

Y después hubo que recogerle y llevarle fuera, al viento marítimo que aleteaba bajo las estrellas. Se había desvanecido.

Nueve periodistas cubanos

Se posó felizmente el Superconstellation «Santa María» en las pistas madrileñas de su aeropuerto. Unas horas antes había saltado sobre el Atlántico y aun tenía en su fuselaje gotas salobres de la travesía oceánica.

Se abrió la portezuela y bajaron por la escalerilla, entre otros pasajeros, nueve personas con acento antillano: Adela Jaume, Elvira Corral, María Orizondo, Marta Owens, Consuelo Martín, Nilda Herrera, Francisca Cao, Enérico Borrego y Angel Huete. Nueve periodistas cubanos del «Diario de la Marina», «Excelsior», «Diario Nacional», «El País», «Mañana», «Pueblo», «Crisol», «Información» y Escuela Manuel Márquez Sterling.

Este selecto y escogido grupo de colegas en tareas informativas y literarias pasarán seis meses en Madrid, invitados por el Instituto

MUNDO HISPANICO